

Trece años sin Francisco Umbral

No en vano las vanguardias son hijas naturales de Baudelaire, y han tomado de él el dandismo de decirlo todo cínicamente, pero decirlo con tanta belleza que la estética sustituye al pudor burgués. “Francisco Umbral, Ramón y las vanguardias”

Oscar Sánchez Vadillo

Para los muertos también pasa el tiempo. No para ellos exactamente, no para la conciencia-Umbral, que sigue ahí, transformándose y profundizando en su sueño vegetal, y para el cual ya no queda de Francisco Umbral (Paco Umbral, Pacumbral) sino lo que tenga de helecho arborescente. Pero sí para la figura-Umbral, el individuo social Umbral, que condensa todo lo que sabemos de él antes y después de que cruzase eso, el último umbral. Sabemos, por ejemplo, algo que él quizá apenas sabía: quién fue su padre y a qué se dedicaba. Porque Umbral no se apellidaba Umbral, naturalmente. La partida de nacimiento no está hecha para los artistas snobs, para el hijo único de Greta Garbo (ni siquiera su propia madre, tan gloriosa, tiene nombre real), esa señora tan idealizaba que le recortaba las garras en la niñez, como se cuenta en *Los males sagrados*. Umbral descreía de la vida real, un rollo pesado y pastoso, y sólo creía en la vida lírica, una vida que en su caso sólo se podía expresar por escrito. Para la vida real, de hecho, sólo reservaba una pose entre escéptica y cruel, mientras que para la vida lírica atesoraba todo lo demás:

un manantial inagotable de confesiones íntimas transfiguradas en mentiras líricas, en invenciones melancólicas y fulgurantes. Nadie conoce a Umbral si sólo le ha visto en la televisión o en la presentación de un libro.

Así, por ejemplo, en *Las ninfas* comienza refiriéndonos sus recreaciones adolescentes en un cuarto de baño de baldosas

se traía Pacumbral con los famosos, las tonadilleras y los políticos en las fiestas de alterne no era más que la ocasión de atrapar observaciones que llevarse a la máquina de escribir. Él, con su whisky con agua y el pañuelo-bufanda en ristre, soltando disparates con voz grave pero diseccionando material con bisturí agudo. Volviendo, siempre, a la habitación

de Umbral daba rienda suelta a su capacidad para crear párrafos brillantes a partir de la nada. Creo que había, por ejemplo, algo así como una mudanza, pero era la mudanza más loca y des-objetualizada, por decirlo así, de la Literatura Universal: los muebles fluían... Una libertad absoluta para ir creando según se va escribiendo, por eso a Umbral se le daban mal las novelas, las novelas había que prediseñarlas, seguir con ellas un plan previo, y Umbral era poco disciplinado para planes. Juan Marsé llamó una vez a ese carácter improvisado y filigranero “prosa sonajero”, y no le faltaba razón. Sólo que el lector no es ningún bebé, al contrario: el lector de Umbral asume lo imprevisible, la digresión y el goce del puro transcurrir de la escritura. Hay demasiada ironía en los textos de Umbral, demasiada ternura en algunos de ellos como para cautivar a lectores inmaduros.

En sus últimos años de columnista diario Umbral defendió a Rajoy como primera opción de la baraja de Aznar para la sucesión. Hasta ese punto dominaba la ironía. Hoy opinaría cosas muy distintas sobre él, lo cual, como Paco diría, muestra cómo pasan los años también -trece, como hoy martes- para los muertos.



azules, si no recuerdo mal. Pero lo hace tan bonito, tan evocador, que expulsa todo lo sucio o impúdico o indiscreto que pudiera haber en contar algo así. Por eso aquella frase suya que he reproducido en epígrafe es tan apropiada, no solo para Ramón Gómez de la Serna, sino para él mismo, que la escribió. Casi resulta su divisa. Uno (aprendí precisamente de Umbral el gusto por el uso del “uno” como sujeto de oración) lee eso y entiende que todo el mamoneo que

de la pubertad en la que se fingía escritor frente a un espejo luciendo aspecto de dandy con mitones. Umbral fue bastante feliz, a su manera, puesto que no necesitaba salir, no necesitaba viajar, sólo necesitaba transfigurar todo lo que experimentaba en la soledad de su prosa. Eso y, claro, ser leído.

A mí el que más me impresionó fue *El día que violé a Alma Mahler*, un título políticamente incorrecto hoy (pero no había delito, y Alma era una cabra...), don-